

una máquina mas ó menos productiva! El hombre, ese hijo del Rey del Cielo, Monarca aunque destronado de la tierra, Imagen del mismo Dios, convertido en una cosa, en una máquina, en un autómeta! Basta; que no es posible, sin sentir mortal angustia, seguir removiendo ese inmundo cieno, cuya fetidez aun á través de tantos siglos de distancia, es capaz de asfixiar al alma mas indiferente y estóica.

En vano que se agitaran los sábios de aquella época, y se esforzasen en hacer desaparecer tanta barbarie: estériles, infructuosas debían ser y fueron sus tentativas, toda vez que no llegaban á tocar en el origen del mal. Era este, que el hombre habia empezado por desconocer á su Dios, y concluía por desconocer al hombre. Era que el hombre se habia enredado loco y desatentado en el infame laberinto de sus pasiones; era que la llama pura del amor se habia extinguido en la tierra, y en la tierra no habia poder bastante para reanimarla; porque la humanidad se hallaba sentada en las tinieblas de la muerte, fria, helada como el marmol del sepulcro. Era en fin que el mas repugnante egoismo se habia constituido como centro, al rededor del cual giraban como sus satélites los filósofos y los legisladores, los sábios y los ignorantes, la sociedad entera.

Corrían así los tiempos, cuando sonó en el reloj de los designios eternos la hora de la restauracion. «Yo quitaré, dijo Dios, ese antagonismo que reina de hombre á hombre, y en especial del rico al pobre. Yo haré al mendigo hermano del monarca: cubriré á aquel con el manto de mi magestad, y este se postrará ante la soberanía de la indigencia: haré del género humano una sola familia, estrechando sus miembros, los hombres todos, con el vínculo de la fraternidad: de hoy mas, todos libres, todos iguales, todos hermanos.» Así debía cumplirse, y se cumplió; porque la palabra Omnipotente, se cumple siempre. La Divina Víctima inmolada en el Gólgota con su doctrina celestial y con el rocío de su sangre preciosa, realizó por fin los bellos ideales de fraternidad uni-

